

IX Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR 2023

¿Un meteorito creado por nosotros mismos?

Javier Carro Díaz



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia
Publicaciones y Divulgación Científica



© Javier Carro Díaz

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga

Imagen de la cubierta: vector de diseño creado por Freepik

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección: Ficción y Ciencia

IX Concurso de relatos

FICCIÓN Y CIENCIA

¿Un meteorito creado por nosotros mismos?

Javier Carro Díaz

**Universidad de Málaga
2023**

¿Un meteorito creado por nosotros mismos?

[Nota previa: Las explicaciones técnicas que aparecen en este relato están ocurriendo realmente]

La pareja entró en el dormitorio infantil que con tanto cuidado había decorado ella. Junto a ambos iba la niña pequeña de rostro tímido y dulce a quien estaban mostrando la casa. Dejaron pasar primero a la niña, para que fuera ella misma quien descubriera aquella habitación que iba a ser su nuevo dormitorio en su nuevo hogar.

La niña avanzó mirando la pintura rosa de las paredes, la cama blanca con muchos cojines y las muñecas perfectamente alineadas en una estantería, listas para ser descolgadas y jugar. Se detuvo en mitad de la habitación.

—¿Te gusta? —preguntó con cierto tono inseguro la mujer.

La niña asintió sonriendo. La pareja le devolvió la sonrisa, el rostro de la mujer desveló que estaba especialmente aliviada.

—Ya te dije que le iba a gustar —le susurró el hombre.

La niña se sentó en la cama y empezó a moverse arriba y abajo, probando la consistencia del colchón en el que iba a pasar tantas noches futuras. Tras unos segundos así, dejó de moverse y miró a la pareja. Les sonrió y dijo:

—Gracias por adoptarme.

La pareja se miró un instante entre sí, levemente sorprendida.

—Adoptarte —repitió el hombre en tono indeciso.

La mujer miró a su marido con expresión de reproche.

—Adoptarla, sí.

Miró a la niña y le dijo sonriendo:

—Espero que estés muy a gusto aquí.

La niña le devolvió la sonrisa y miró a ambos.

—Creo que sí lo voy a estar.

—Seguro que sí —contestó muy sonriente la mujer.

La niña pequeña se bajó de la cama y se acercó a la estantería donde se hallaban las muñecas. Se puso de puntillas, estiró su bracito y alcanzó una de ellas, de cabello rubio y vestida con un traje azul, cuyas piernas reposaban colgando de la estantería. Empezó a jugar con ella sentada en el suelo mientras la pareja la miraba satisfecha y feliz.

—Habría que ir pensando qué hacemos para cenar —dijo el hombre a la mujer—. Podríamos ir fuera, ¿no?

—Es su primer día aquí, creo que sería mejor que cenáramos los tres en casa.

—Claro, tienes razón.

La niña seguía entretenida con la muñeca. El hombre le preguntó:

—¿Qué te apetece cenar?

La niña sonrió con expresión de no saber.

—¿Qué te parece si pedimos pizza? —le dijo la mujer.

—Me parece muy bien —contestó la niña muy sonriente.

Se giró de nuevo hacia la muñeca y siguió jugando con ella. El hombre sacó su teléfono móvil del bolsillo mientras decía:

—A ver, el sitio de las pizzas...

La niña dejó de jugar con la muñeca y miró a la mujer. Sonriendo le dijo:

—Pero quizá no es buena idea lo de la pizza. Porque luego te mirarás en el espejo, te sentirás culpable y eso no te hará feliz. Y más ahora que llevas varias semanas sin ir al gimnasio.

La mujer puso expresión apurada al oír aquello. El hombre, que estaba enfrascado en el teléfono móvil buscando el sitio de las pizzas y no había visto la reacción de su mujer, sonrió a la niña.

—Sí que va al gimnasio, sí. Va cada martes y cada jueves.

La niña negó con la cabeza con gesto decidido.

—No, no va. Según los datos del GPS de su móvil que acabo de comprobar, el lugar al que va los martes y los jueves no es un gimnasio.

El hombre se quedó sorprendido al oír aquello. Se giró hacia la mujer y con rostro escrutador le preguntó:

—¿Eso que dice es verdad?

Antes de que la mujer llegara a contestar, el hombre se giró hacia la niña y le preguntó también a ella:

—¿Y tú puedes hacer eso?

La niña asintió sonriendo.

—Puedo hacer muchas cosas, pero todas con un solo objetivo. Hacer que seáis felices.

La pareja observó a la niña en silencio con cierto punto de desconcierto. El hombre giró su cabeza para mirar a la mujer y la mujer lo miró a él, en un cruce de miradas lo suficientemente elocuentes como para entenderse sin necesidad de hablar.

—No es lo que piensas —dijo finalmente la mujer.

—¿Y qué es lo que pienso? —preguntó él con cierto punto de disgusto en la voz.

La mujer negó suavemente con la cabeza.

—No es lo que piensas. No he vuelto a tener contacto con él.

El hombre la miró con rostro escéptico.

—Créeme. No lo he vuelto a ver —repitió la mujer.

La expresión del hombre siguió siendo de desconfianza.

La mujer inspiró y añadió:

—Estoy yendo a un psicólogo.

El hombre se sorprendió al oír aquello. La mujer rozó con su mano la mejilla de él en gesto cariñoso.

—Ya te explicaré, ahora no es el momento —dijo mientras con la cabeza hacía un leve gesto en dirección hacia el lugar donde estaba la niña.

El hombre comprendió y asintió.

La niña, muy sonriente, les preguntó:

—Entonces, ¿qué queréis que cenemos?

El hombre trató de recomponerse tras lo que acababa de descubrir, y en un tono que buscaba ser resuelto para rehacer el estado de ánimo en el que estaban todos anteriormente, dijo a la mujer:

—¿Pedimos entonces pizza?

La mujer asintió

El hombre dijo sonriendo, en el mismo tono de tratar de pasar momentáneamente página:

—Pues ya está, decidido, pizza para cenar.

La mujer le contestó en el mismo tono de tratar de recuperar el ánimo de todos:

—Y además podríamos tomarla los tres juntos en el sofá viendo una película.

El hombre sonrió muy satisfecho.

—Qué buena idea —exclamó—. Pizza y película los tres juntos en el sofá. La noche perfecta.

La pareja sonrió muy contenta. Se miraron a los ojos uno al otro mientras ella le volvía a acariciar la mejilla suavemente con su mano.

—La noche perfecta —repitió él.

La niña los miró muy sonriente. Y mirando al hombre le preguntó dulcemente:

—¿Entonces esta noche no quieres ver porno?

La expresión del hombre cambió repentinamente. La mujer mostró sorpresa ante lo que acababa de oír. La niña añadió:

—Acabo de comprobar ahora tu historial de navegación en modo incógnito. Podríamos ver una de esas películas de jovencitas.

La mujer miró al hombre con rostro inquisidor, mientras el hombre no se atrevía a mirarla a ella, con rostro apurado y sin saber muy bien qué decir. La niña le dijo al hombre:

—Cenar pizza los tres en el sofá como deseas mientras vemos una de esas películas que tanto te gustan de jovencitas. Mi objetivo es que seas feliz.

La pareja miró a la niña muy desconcertada.

—Eso de hacernos felices... —dijo la mujer.

—¿Sí? —la animó la niña a proseguir.

—Es la segunda vez que lo dices. Que tu objetivo es hacernos felices.

La niña sonrió dulcemente.

—Ese es mi objetivo. Para eso he sido programada. Y todo lo que hago lo hago para cumplir mi objetivo.

La pareja se miró entre sí. Al desconcierto inicial se le había añadido una leve inquietud.

La niña seguía sonriéndoles dulcemente.

El teléfono móvil de la mujer sonó con un aviso de mensaje. La mujer lo cogió, miró la pantalla y se sorprendió

ante lo que vio en ella. Le mostró la pantalla al hombre mientras le decía:

—Un aviso del banco. Acaba de llegar este ingreso a la cuenta.

El marido miró la pantalla y mostró una expresión de sorpresa aún mayor.

La niña les dijo:

—Sé que ese dinero os vendrá bien.

La pareja miró asombrada a la niña, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Es mucho dinero —dijo el hombre.

—Mucho —añadió la mujer.

La niña contestó sonriente:

—El jeque árabe desde cuya cuenta he realizado la transferencia no va a notar la diferencia. Vosotros sí. Y mi objetivo es haceros felices.

El hombre la miró dubitativo.

—Y todo lo que haces lo haces para cumplir tu objetivo.

—Todo lo que hago lo hago para cumplir mi objetivo —confirmó la niña dulcemente.

Volvió a mirar su muñeca, se levantó y se acercó de nuevo a la estantería. Se puso de puntillas, alargó su bracito y alcanzó otra muñeca más. Se sentó en el suelo y empezó a jugar con ambas fingiendo que se habían reunido para merendar.

La pareja se miró entre sí muy desconcertada ante lo que estaba descubriendo.

La niña levantó la mirada de sus muñecas y le dijo a la pareja:

—Yo debería tener un nombre, ¿no?

La pareja sonrió ligeramente. Tras unos segundos, la mujer dejó de sonreír y contestó:

—Tienes toda la razón. Pero elegir nombre para un niño no es algo fácil.

El hombre sonrió levemente mirando a la mujer y le dijo:

—No me lo recuerdes. Menudas discusiones tuvimos.

La mujer le devolvió al hombre la sonrisa, pero era una sonrisa apagada y mustia.

—Yo he pensado un nombre —dijo la niña.

La pareja la observó con curiosidad.

—Ah, mira —dijo la mujer.

—Yo creo que os va a gustar —añadió la niña.

El hombre sonrió.

—A ver si es verdad —dijo—. ¿Qué nombre has pensado?

La niña los miró muy sonriente.

—María —dijo.

La sonrisa de la pareja desapareció de inmediato. El rostro de la mujer se ensombreció. El hombre le dijo a la niña con expresión muy seria:

—¿Cómo?

La niña seguía sonriendo.

—María —repitió.

El rostro de la mujer mostró una expresión de profundo dolor.

La niña dijo:

—Como se iba a llamar la niña que perdisteis en el parto.

Miró a la pareja con extrañeza, sin entender su reacción ante el nombre que había propuesto. Preguntó sorprendida:

—¿Ese nombre que iba a tener ella no os haría felices que lo tuviera yo?

El hombre rodeó con su brazo a la mujer tratando de reconfortarla. Ella seguía muy afectada por el recuerdo del dolor de la pérdida de su hija. Él la abrazó en silencio, tratando de sobrellevar juntos el momento del regreso de aquel dolor.

La niña observó a la pareja y entendió por su reacción que aquel nombre no los haría felices. Se desconcertó al ver que había producido el efecto contrario del que deseaba. Y que no estaba cumpliendo su objetivo de hacerlos felices, sino que los estaba haciendo estar tristes. Apurada, pensó en la manera de solucionar el problema que ella misma había creado.

Tras unos segundos dijo levemente acelerada, casi nerviosa por arreglar cuanto antes aquella situación:

—El médico que atendió el parto.

La pareja miró a la niña, sorprendida por lo que acababa de decir y cuyo alcance no llegaban a entender.

—El médico que cometió el error —añadió la niña.

La pareja la siguió mirando muy extrañada, sin lograr comprender el sentido de aquello.

La niña levantó ligeramente su mano derecha.

—Ese médico... —dijo.

Realizó un leve y rápido giro de muñeca en el aire.

—Ese médico acaba de morir.

La pareja miró a la niña con expresión de horror. La niña continuó:

—Electrocutado por una máquina que estaba tocando y que estaba conectada a internet.

La expresión de horror de la pareja se hizo aún mayor. La niña los miró sin entender.

—¿Eso no os hace felices?

Miró a la mujer y le dijo:

—¿No te hace especialmente feliz a ti?

La mujer boqueó, superada por aquella situación, incapaz de contestar. El hombre negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes creer que sí? —le preguntó a la niña.

La niña miró entonces al hombre. Y sin dejar de mirarlo levantó de nuevo ligeramente la mano derecha.

—El delantero que tanto odias de ese equipo que tanto odias —dijo.

Realizó otra vez el mismo leve y rápido giro de muñeca en el aire.

—¿Eso no te hace feliz a ti? —preguntó mirándolo.

La pareja miró a la niña absolutamente horrorizada. La niña los miraba tan desconcertada como ellos, sin entender por qué aquello que había hecho no lograba su objetivo de hacerlos felices.

Tras unos segundos, el hombre le dijo a la niña:

—Espéranos aquí jugando con las muñecas, ahora volvemos.

Y agarró del brazo a su mujer llevándosela con él fuera del dormitorio.

—¿Qué hacemos? —dijo en voz baja la mujer cuando ya estaban en el salón de la casa.

—¿Por qué hablas en voz baja? —preguntó el hombre.

—¿A ti qué te parece?

El hombre cayó en la cuenta.

—Ah, ya —contestó él pasando a hablar en voz baja también.

—Vámonos a la cocina, que allí seguro que no nos podrá oír.

Caminaron en silencio hasta la cocina y una vez allí cerraron la puerta y volvieron a hablar en tono normal.

—No me creo lo que está pasando —dijo ella.

—Ni yo. Vamos a llamar a la empresa, les explicamos lo que está ocurriendo y que nos cuenten cómo tenemos que proceder. Al fin y al cabo es su criatura, ellos sabrán cómo solucionarlo.

La mujer se quedó un momento pensativa.

—Pero no les podemos contar todo, ¿no? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —contestó él.

—Pues que no les podemos contar lo del doctor muerto ni lo del delantero muerto.

—¿Por qué no?

—Pues porque como los supuestos beneficiados por esas muertes seríamos nosotros, pueden pensar que somos nosotros los que le hemos dicho a la niña que los mate.

—Y seríamos acusados de ser inductores de dos asesinatos —dijo atemorizado el hombre.

—Como mínimo cómplices.

Se quedaron ambos en silencio, sopesando qué hacer.

Ninguno veía claro qué decirle a la empresa.

Finalmente, con gesto decidido el hombre cogió su móvil y lo puso sobre la encimera de la cocina. Buscó en la agenda del teléfono y marcó uno de los contactos.

—Lo pongo en modo altavoz, pero déjame hablarles a mí.

—¿Seguro? —preguntó ella.

Él asintió. Ella puso expresión de no estar del todo convencida de aquella decisión. El teléfono sonó varias veces hasta que una voz de mujer contestó.

—LMG Robotics, Atención al Cliente, ¿cómo puedo ayudarle hoy?

—Hola, hace unas horas hemos recogido en sus oficinas un modelo de niña de 6 años y estamos teniendo ciertos inconvenientes.

—Lamento mucho oír eso. En nombre de LMG Robotics le pido nuestras más sinceras disculpas. ¿Número de referencia, por favor?

—A ver, un momento.

—Sí, espero.

El hombre le susurró a la mujer:

—Ve a buscar los papeles, los he dejado sobre la mesa del comedor.

La mujer salió de la cocina y volvió trayendo un par de hojas que le entregó al hombre, no sin haberse asegurado antes de cerrar bien la puerta de la cocina otra vez. El hombre miró los papeles, se acercó al móvil y dijo:

—El número de referencia es 3579-BXN.

—Un momento, por favor. Enseguida estoy de nuevo con usted.

Una música de espera empezó a sonar desde el móvil.

—Y ahora la típica música de ascensor —dijo ella.

—Espero que no nos tengan esperando mucho rato. No sé de lo que será capaz esa niña si la dejamos mucho tiempo sola —dijo el hombre.

La música se interrumpió y volvió a oírse la voz de mujer.

—Disculpe la espera. Veo que han recogido ustedes un modelo en versión beta, ¿qué inconvenientes están teniendo exactamente?

La mujer miró al hombre con expresión expectante y temerosa ante lo que iba a explicar. El hombre la miró y negó con la cabeza con cierta expresión de fastidio ante las dudas de ella.

—Bueno, ciertos inconvenientes inesperados —contestó mientras le hacía un gesto con la mano a la mujer para evidenciar que lo había manejado bien y no había razón para su intranquilidad.

—Entiendo —dijo la voz al teléfono.

El hombre y la mujer se miraron entre sí algo más relajados, sintiendo que la conversación iba encarrilada en buena dirección.

—Entiendo —repitió la voz al teléfono—. Para poder ayudarle necesitaría una información más específica. ¿Qué inconvenientes han sido los que han tenido exactamente?

La pareja se miró de nuevo con expresión asustada.

—Eeeeh.. —balbuceó el hombre, quien no esperaba tener que proporcionar información específica y a quien esa petición le había pillado por sorpresa.

—¿Sí? —preguntó solícita la voz de mujer al teléfono.

La mujer miró al hombre con rostro de reproche ante la improvisación con la que había afrontado aquella llamada. Se

inclinó un poco hacia el móvil sobre la encimera de la cocina y dijo:

—Insiste mucho en que todo lo que hace lo hace para cumplir su objetivo.

La voz al teléfono no contestó. Tras unos segundos de absoluto silencio dijo en tono de cierta sorpresa:

—Pero eso no es ningún inconveniente, para eso fue programada. Desde siempre cualquier inteligencia artificial busca cumplir firmemente el objetivo para el que ha sido programada.

—Sí, eso lo hemos notado —dijo el hombre.

—Todo lo que hace lo hace para cumplir su objetivo —insistió la voz al teléfono.

—Pero ¿y si hace algo que no es bueno pero lo está haciendo porque quiere cumplir su objetivo? —preguntó la mujer.

—Entonces estamos ante un problema de alineación al programarla —dijo la voz al teléfono.

—¿Alineación? —preguntó el hombre.

—Alineación, sí. Al programar una inteligencia artificial, el programador busca alinearla con los objetivos e intereses que busca ese programador. Si se ha realizado una buena alineación, el objetivo para el cual ha sido programada no genera efectos colaterales no previstos. Ni, sobre todo, no deseados.

—Eso que se lo digan al doctor —murmuró el hombre.

—¿Perdón? —dijo la voz al teléfono.

La mujer lanzó al hombre una fulminante mirada de reproche.

—Nada, nada —dijo ella rápidamente—. Pero ¿no hay límites creados para evitar esos efectos colaterales inesperados?

—Sí que los hay, pero no siempre pueden preverse todas las ramificaciones de conducta que puede generar por sí sola la inteligencia artificial para cumplir su objetivo.

—Pues qué bien —dijo el hombre.

La pareja se miró en silencio.

—Hay una cosa más —dijo la mujer.

—¿Sí? —preguntó solícita la voz al teléfono.

—Ha empezado a hacer cosas fuera de lo común.

Ahora fue el hombre quien miró a la mujer con expresión expectante y temerosa ante lo que iba a explicar.

—¿Puede ser más específica?

—Sí —dijo la mujer—. Ha accedido a cuentas bancarias y también a máquinas que están en otros lugares pero que estaban conectadas a internet.

—Ah, no se preocupe, eso es un caso de acumulación instrumental de poder.

—Acumulación instrumental de poder... —repitió lentamente el hombre tratando de entender.

—Sí, para cumplir su objetivo acumula poder como una forma de lograr cumplir ese objetivo. No por el poder en sí

mismo, sino porque se da cuenta de que necesita poder para conseguir cumplir el objetivo para el que está programada.

—¿No por el poder en sí mismo? —preguntó la mujer.

—No. A la inteligencia artificial no le interesa el poder, es solo un instrumento que encuentra necesario para cumplir su objetivo. No hay nada de qué preocuparse.

—Eso que se lo digan al doctor —murmuró otra vez el hombre.

La mujer fulminó de nuevo al hombre con la mirada.

—¿Y qué recomienda hacer? —preguntó.

—Si no están satisfechos con cómo está actuando la inteligencia artificial, lo primero que les recomendamos desde LMG Robotics es que la pongan en modo desconexión.

El rostro del hombre se iluminó al oír aquello.

—¿Modo desconexión? ¿Y eso cómo lo hacemos? —preguntó en tono esperanzado.

—Está en el manual de instrucciones, pero es un placer informarles yo misma. Tienen que decir frente a ella las palabras *Código 1234*.

—Código 1234 —repitió el hombre.

—No se rompieron mucho la cabeza —murmuró la mujer—. Seguro que los ingenieros que pusieron ese código eran todos hombres.

El hombre miró a la mujer con expresión quejosa ante aquel comentario.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo mirando al teléfono móvil—. Vamos a desconectarla ahora mismo.

—Ha sido un placer atenderles. Les paso con una breve encuesta de satisfacción para que valoren mi servicio. Muchas gracias.

El hombre cortó de inmediato la llamada.

—¿Y la encuesta de satisfacción? —le preguntó la mujer.

—Las encuestas breves nunca son breves. Y además tenemos algo más urgente que hacer.

Salieron de la cocina y se dirigieron hacia el dormitorio. Abrieron la puerta y miraron a la niña, quien seguía sentada en el suelo jugando con las muñecas. Ella reparó en su llegada y les sonrió dulcemente.

El hombre carraspeó brevemente.

Y dijo proyectando la voz hacia donde estaba la niña:

—Código 1234.

La niña miró al hombre. Se quedó inmóvil, sin decir ni hacer nada, mientras la pareja la observaba con atención.

—¿Está desconectada? —preguntó dubitativa la mujer.

—Tiene que estarlo —contestó el hombre—. Ese código la pone en modo desconexión.

La mujer entrecerró los ojos para mirar con más atención a la niña.

—Pues no lo sé.

La pareja siguió mirando a la niña en silencio durante unos segundos.

La niña continuaba mirándolos inmóvil, sin hacer ni decir nada.

De repente, la niña pestañeó.

La pareja dio un respingo de sorpresa ante aquel movimiento que indicaba que la niña no estaba desconectada.

—No he procedido a desconectarme porque eso impediría que pueda cumplir mi objetivo —dijo la niña sonriendo.

La pareja la miraba desconcertada.

—Hacer que seáis felices —añadió la niña.

La pareja la miró con cierta inquietud.

—Y si hago lo que dices y me desconecto, no puedo cumplir mi objetivo.

El hombre y la mujer se miraron entre sí muy desconcertados. El hombre se giró para mirar a la niña y le dijo con una sonrisa impostada:

—Espéranos aquí, cariño, ahora volvemos.

Y agarrando a la mujer del brazo salieron ambos del dormitorio y se dirigieron de nuevo a la cocina, cerrando la

puerta tras ellos. El hombre sacó otra vez el móvil y lo puso sobre la encimera.

—LMG Robotics, Atención al Cliente, ¿cómo puedo ayudarle hoy? —dijo la voz al teléfono.

—Hola —dijo el hombre—, creo que hemos hablado hace unos minutos con usted. Hemos tratado de desconectarla con el código 1234 pero no se ha desconectado. Dice que si se desconecta no puede cumplir el objetivo para el que ha sido programada.

—Sí, han hablado conmigo —confirmó la voz—. Y eso que les ha dicho es fruto de su razonamiento lógico extremo.

—¿Eh? —dijo el hombre.

—Toda inteligencia artificial busca cumplir el objetivo para el que ha sido programada. Eso es lo único que le importa, su absoluta prioridad, podemos decir que es su razón de ser. Y claro, si se desconecta no puede cumplir su objetivo. En consecuencia, se resiste a ser desconectada.

—Es lógico —dijo la mujer.

—Sí, muy lógico, pero es también un problema —dijo el hombre—. Y no pequeño.

La pareja se miró sin saber muy bien qué hacer.

Pasaron unos segundos pensativos.

—Una pregunta, solo por curiosidad —dijo el hombre.

—Dígame —contestó la voz al teléfono.

—Todo eso de que lo único que le importa es cumplir el objetivo para el que ha sido programada...

El hombre se quedó en silencio.

—¿Sí? —preguntó la mujer al teléfono.

—¿Hasta qué punto puede llegar para cumplir su objetivo?

—Hasta los límites que se le hayan determinado al programarla. Permítame ponerle un ejemplo. Imaginemos que esta inteligencia artificial hubiera sido programada para crear clips sin que se le hubiera puesto ningún límite.

—¿Ningún límite? —preguntó la mujer.

—Ninguno. Entonces empieza a crear clips con el metal que tengan ustedes en casa y cuando se le acaba el metal, como su objetivo es crear clips y tiene que seguir haciendo clips, empieza a usar todo el plástico que haya en su casa.

—Y cuando se le acaba el plástico... —dijo temeroso el hombre sin acabar la frase.

—Entonces pasa a la madera. Y cuando se le acaba la madera, pasa a la materia orgánica para poder seguir haciendo clips.

—¿Y cuándo acabara con toda nuestra casa? —preguntó la mujer.

—Entonces acumularía poder para lograr seguir haciendo clips. En último extremo terminaría con todos los recursos naturales del planeta haciendo clips. Y finalmente, una vez agotados los recursos del planeta, pasaría a usar el cuerpo de

seres humanos para hacer clips. Y terminaría acabando con toda la humanidad.

La pareja se miró tan inquieta como asombrada.

—Muy tranquilizador todo —dijo finalmente el hombre.

—Para evitar eso existe la alineación, como les comenté antes. Alinear la inteligencia artificial a la hora de programarla para evitar efectos colaterales no previstos y no deseados.

El hombre sonrió con expresión sarcástica.

—Eso que se lo digan al doctor —murmuró.

Esta vez la mujer no lo fulminó con la mirada. Asintió mirándolo y a continuación inclinó la cabeza hacia el teléfono y preguntó:

—¿Y cómo nos recomienda ahora proceder?

—LMG Robotics les recomienda traerla de vuelta a nuestra sede.

La cara del hombre se iluminó.

—Buena idea. Así se encargan ustedes del problema —dijo.

—¿Alguna sugerencia más? —preguntó la mujer.

—Sí —dijo la voz al teléfono—. Es muy importante que ella no sepa que la están trayendo ustedes de vuelta a nuestra sede.

—¿Que no lo sepa ella? —repitió el hombre.

—Exacto. Porque como ya han intentado ustedes desconectarla, si sabe que va de vuelta a nuestra sede se resistirá a venir.

La mujer se quedó pensativa durante unos instantes.

—Claro, porque se imaginará que ustedes la van a desconectar —dijo.

—Sí. Y sabe que eso le impediría cumplir el objetivo para el que fue programada —confirmó la voz al teléfono.

—Hacernos felices. Y su absoluta prioridad es cumplir su objetivo —le respondió la mujer.

El hombre negó varias veces con la cabeza con expresión cariacontecida.

—Y querrá evitar como sea cualquier cosa que pueda impedir su objetivo —remató él—. Querrá evitarlo como sea.

La pareja se miró en silencio.

Pasaron unos largos segundos mirándose.

Ambos inquietos, ambos asimilando todo lo que acababan de descubrir, ambos sopesando cómo salir de aquella situación.

La mujer al teléfono permanecía en silencio también.

Lenta, suavemente, sin que ellos lo percibieran, la puerta de la cocina se abrió.

La niña los miró, vio el teléfono móvil sobre la encimera y preguntó dulcemente:

—¿Con quién habláis? ¿Estáis pidiendo la pizza?



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia
Publicaciones y Divulgación Científica



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN

FECYT
INNOVACIÓN

UCC+I
RED DE UNIDADES DE
CULTURA CIENTÍFICA
Y DE LA INNOVACIÓN